

FORMACIÓN Y EVOLUCION DE LOS CONCEPTOS Y ACTITUDES
ACERCA DE LA MUERTE EN EL ADOLESCENTE

Juan Camilo Pryor Algarra

Universidad de La Sabana

Resumen

La presente revisión bibliográfica estudió varios artículos y libros que tratan sobre temas diversos relacionados con el desarrollo y formación de las actitudes hacia y los conceptos acerca de la muerte en niños y adolescentes de diversas nacionalidades, al igual que sobre los factores internos y externos que influyen en su formación. Se tomaron en cuenta factores de desarrollo, especialmente cognitivos y sociales. Se estudia especialmente el llamado “concepto maduro de la muerte” y se hace una crítica al uso de este concepto.

Palabras Clave: Desarrollo del Adolescente, Actitudes de los Adolescentes, Actitudes ante la Muerte, Muerte y Morir, Psicología, Educación en la Muerte.

Abstract

The present publication review studied a group of articles and books pertaining to different aspects of the development and formation of death concepts and attitudes among children and adolescents of different nationalities, as well as about the various internal and external factors that have influence in this process. Developmental factors, especially cognitive and social, are taken into account. It gives special attention to the so-called “mature death concept” and criticizes the use of this concept.

Key Words: Adolescent Development, Adolescent Attitudes, Death Attitudes, Death and Dying, Psychology, Death Education.

Formación y Evolución de los Conceptos y Actitudes acerca de La Muerte en el Adolescente

El presente escrito tiene como objeto llevar a cabo una revisión bibliográfica de estudios que se han realizado acerca de los conceptos que tienen los adolescentes acerca de la muerte. Se dará inicio a este estudio planteando las diferentes ideas que tradicionalmente se han tenido acerca de la percepción y el significado que dan niños y adolescentes a la muerte. Dentro de éstas se destaca el término: “Concepto maduro de la muerte” sobre el cual se harán algunas reflexiones al final de este escrito.

También se observarán las modificaciones que se van presentando a lo largo del proceso del desarrollo a partir de la niñez hasta llegar a la edad adulta. Se observarán las contradicciones, en algunos casos solamente aparentes, que surgen de diferentes estudios, y como se ha logrado integrarlas en una sola visión del concepto adolescente de la muerte. Se estudiarán luego algunos de los diferentes factores tanto internos como contextuales, que influyen en la formación de estos conceptos, y que son responsables de algunas de las diferencias que sobre ellos se presentan en los diferentes grupos sociales.

Se hará hincapié en algunos estudios y sus conclusiones que abordan temas tales como la música, la posición social, el género y la cultura. Aun cuando casi todos los estudios revisados corresponden a la cultura occidental y específicamente a la norteamericana, se tendrán en cuenta conceptos provenientes de la asiática, pues el autor cree que las percepciones básicas acerca de la muerte son transculturales.

El autor ha abordado este trabajo con base en un interés personal que por años ha tenido en la muerte y en el proceso de duelo. Considera que el concepto que de la muerte tiene un individuo es parte fundamental de cómo va a vivir la experiencia de una muerte

cercana o la propia muerte, y de cómo el terapeuta en duelo va a poder ayudarlo y darle consejo.

Para la mayoría de los adultos es claro que la muerte implica la cesación de las funciones corporales o biológicas, y para aquellos que no se encuentran en proceso de duelo, la muerte es irreversible y definitiva. Pero el autor opina que lo que viene tras ella es un misterio dejando ver claramente que para él, como para muchos otros, no es el fin.

Es conciente que su cuerpo dejará de moverse, sus órganos de funcionar, su materia comenzará a descomponerse, pero... las ideas? ¿La esencia? ¿El ser? ¿La conciencia de sí mismo? ¿La cognición y la metacognición? ¿Es la muerte el fin de todos los procesos mentales, afectivos y emotivos? ¿Es el fin de lo que se intuye como ser trascendente, espiritual? Para el autor esto es un misterio, que no hace sino ahondarse a medida que escucha los relatos de sus consultantes y que no podría en algunos casos sino calificar de paranormales.

¿Qué significa la muerte para un adolescente? El adolescente es un individuo sometido a multitud de cambios en todos los niveles: biológico, cognitivo y afectivo; protagonista y víctima del proceso de descubrirse a sí mismo, hacedor de su identidad, vive inmerso en uno de los procesos más ricos en experiencias de la existencia. Durante esta etapa se inicia la toma individual de decisiones existenciales acerca del futuro y por lo tanto se está en el proceso de buscar la identidad y el significado de la vida de acuerdo con Gothelf (1998) citado por Cheung y Ho (2004).

La mayoría de los adolescentes con sus padres y abuelos aún jóvenes no han experimentado la cercanía de la muerte humana. Por lo general su experiencia de pérdida se limita a lo que se conoce como "perdidas menores" (por ejemplo la pérdida de una

mascota, el cambio de colegio) que no obstante su denominación les afectan bastante y van conformando y modificando su forma de percibir la muerte. (Adams, D., Corr, CH., Davies, B., Deveau, E., De Veber, L., Martinson, I., et.al., 1999) Pero su Fábula Personal los hace invencibles, intocables, ajenos al futuro del cual nadie podrá escapar. Cuando aparece la muerte de otro ser humano, generalmente en forma de un accidente o como consecuencia de un delito, ese castillo, esa burbuja protectora se hace trizas.

Para varios niños y adolescentes el confrontarse a la experiencia de muerte es algo infrecuente y difícil, para lo que no están preparados. Para otros, estos encuentros son familiares (los niños de los países violentos, los afectados por enfermedades terminales). Sin embargo la familiaridad no implica que manejar la situación sea fácil.(Adams et al. 1999) La terapia con el adolescente no solo implica las dificultades que enfrentamos con cualquier persona en duelo para quien su mundo se ha volcado patas arriba, sino que nos arroja al panorama de quien ha sido víctima de un tornado en medio de un terremoto.

En nuestra sociedad existen mitos arraigados acerca de la forma en que los niños y adolescentes ven y viven la muerte. Estos mitos tipifican el punto de vista de algunos adultos y solo sirven para alterar las relaciones y la intervención con los muchachos en duelo. Algunos de estos mitos los podríamos enunciar así: los niños y adolescentes no sufren tan profundamente como los adultos, tienen la suerte de ser muy jóvenes como para entender la muerte y su resiliencia los lleva a olvidar pronto la muerte de un ser querido, resolver su duelo rápidamente y seguir adelante con sus vidas. Además se cree que niños y adolescentes comprenden y viven la experiencia de la muerte de idéntica manera. (Adams et al.,1999) Respecto al tema del sufrimiento, Kennedy (1991) afirma que la muerte es

fuente de dolor para los jóvenes y que se experimenta mayor dolor en la etapa de mayor desarrollo, como es la adolescencia.

Es importante por lo tanto conocer lo que más podamos sobre que piensan, que creen, que conceptos y actitudes tienen los adolescentes de la muerte. Como la perciben, qué significa para ellos, cómo los afecta. Sin embargo, la presente revisión bibliográfica no pretende encontrar todas las respuestas a todas estas necesidades. Especialmente no tocará el tema del proceso de duelo como tal en el adolescente. Se concentrará en los conceptos y creencias que tienen adolescentes y niños, pues el autor considera que no puede separar tajantemente estos dos momentos del desarrollo y porque los conceptos de la muerte se empiezan a crear prácticamente desde que somos conscientes de nosotros mismos.

La muerte puede ser concebida en cientos de formas distintas. Como veremos adelante, hay decenas de factores que influyen en la formación del concepto que una persona tiene acerca de ella. Sin embargo, de la lectura de los artículos revisados el autor deduce que hay dos visiones principales y hasta cierto punto contradictorias, que agrupan a las demás. La primera es que la muerte es un paso, un hito en la existencia del ser, el cual continúa en otra forma o lugar. A quienes tienen este concepto de la muerte se les conoce como *continuistas*. La segunda es que la muerte consiste en el fin de los procesos biológicos, y siendo que los procesos mentales y emotivos tienen un origen biológico, es el fin de las ideas, sentimientos, etc., es decir, el fin del ser (no se puede sentir, ni pensar, ni percibir y por lo tanto tener emociones respecto a lo que no se piensa ni se percibe cuando el cerebro y los órganos sensoriales no funcionan). A las personas que así piensan se les puede llamar *extintivistas*.

Como se ve a simple vista los primeros responden a quienes están de acuerdo con

variadas creencias religiosas y con filosofías que sostienen la trascendencia del ser, mientras los segundos están más atados a lo material, lo científico y observable. A esta tradición responde la llamada concepción “madura” de la muerte.

Noppe y Noppe(1997) enuncia los componentes que tradicionalmente se considera conforman el concepto "adulto" de la muerte: Universalidad (le ocurre a todo ser viviente), Irreversibilidad (no se puede volver a la vida tras la muerte), Causalidad (se produce por alguna razón natural) y No Funcionalidad. El concepto del cesamiento de *toda* actividad es el llamado Componente de No Funcionalidad, definido por Speece y Brent (1988) citados por Bering y Bjorklund (2004) como la característica principal de un concepto maduro acerca de la muerte. La literatura tanatológica tradicional lleva a asumir que para el momento en que un niño ingresa en la adolescencia temprana ya tiene claro que estos cuatro componentes son las características del fenómeno de la muerte, y que estas características se mantienen en el pensamiento a lo largo del proceso de desarrollo hasta el fin del ciclo de la vida.

Hay claras diferencias debidas al desarrollo en el entendimiento, los conceptos y la vivencia de la muerte en general y de la propia, entre niños y adolescentes, al igual que entre adolescentes pertenecientes a las diferentes etapas. Estas ideas varían debido al proceso de maduración y a las experiencias, ya que a mayor edad hay mayor posibilidad de tener contactos con la muerte y por lo tanto de reflexionar acerca de ella. Adams et al. (1999) Noppe y Noppe(1997)

Pero, a partir de que momento tienen los niños una idea clara y ajustada a la realidad sobre qué es la muerte? ¿Desde que edad los niños comprenden que la muerte es final, inevitable, irreversible, implica una descomposición del cuerpo y lleva a una

completa cesación de las funciones corporales? La teoría de Piaget sobre el desarrollo del pensamiento marcó a lo largo del siglo pasado la investigación que se llevó a cabo sobre conceptos y significados de la muerte en niños y adolescentes, aun cuando Piaget mismo nunca abordó este tema.

Varios investigadores, observando los hechos desde la perspectiva piagetiana llegaron a las siguientes conclusiones (Tamm y Granqvist 1995): Los niños en la etapa preoperacional conciben la muerte como algo reversible, temporal y atribuible a varias causas externas. Aquellos en la etapa operacional la ven como irreversible, atribuible a causas internas (la cesación de la función corporal) y como un fenómeno universal. Aquellos en la etapa de Operaciones formales relacionan sus conceptos con ideas religiosas y filosóficas y meditan acerca de la naturaleza de la muerte y la vida después de la vida.

Por lo tanto había cierto consenso, palpable en la mayoría de la literatura acerca del tema, en que se presentaba coherencia en los niños para atribuir las características del concepto maduro de la muerte hacia los 7 años de edad. Kalish (1985), Sahler (1978) y otros citados por Morin y Welsh (1996).

Sin embargo, las investigaciones más recientes revelan que dichas atribuciones se presentan antes: Barrett (1999), citado por Bering y Bjorklund (2004) afirma que los niños en preescolar entienden las implicaciones biológicas de la muerte como algo definitivo, cuando esta se presenta en el contexto de un predador tomando a su presa, afirmando por ejemplo que esta no estará pastando al día siguiente de ser cazada; esto concuerda con los hallazgos de Slaughter (2003) citado por Bering y Bjorklund (2004)), quien encontró que la mayoría de niños que saben cual es la función del alimento afirman que los muertos no lo requieren. Se ha concluido entonces que el conocimiento de la función de ciertas

actividades en el mantenimiento de la vida lleva al entendimiento que estas cesarán al morir.

La discrepancia entre los resultados de estos diferentes estudios se debe posiblemente a la marcada influencia de Piaget en el concepto que los investigadores tenían acerca de la forma en que los niños piensan y también a que los siete años de edad parece ser la edad en que los niños (de edades más avanzadas) *reportan* como aquella en que se hicieron *concientes* de la muerte, como lo descubrieron Morin y Welsh (1996), a quienes los participantes en su estudio afirmaron haberse dado cuenta de la muerte hacia los 7.5 años de edad.

Interesantemente, tal como aparece más rápido de lo que se creía, el concepto maduro de la muerte parece desaparecer muy pronto como concepto principal acerca de esta. Se ha observado que tanto en los adolescentes como en los mismos niños en la etapa operacional , según Tamm y Granqvist (1995) ya aparecen alusiones a una vida después de la vida, creencia que es confirmada por otros estudios (Greeley & Hout (1999), citados por Bering y Bjorklünd (2004) que demuestran que la mayoría de la población adulta estadounidense cree en alguna forma de vida después de la muerte, o "Continuación no Corpórea" (no corporeidad) (Speece 1995, citado por Noppe y Noppey Noppe y Noppe1997).

Creer en una existencia no corpórea al mismo tiempo que tener un concepto maduro de la muerte presenta una aparente contradicción, especialmente con el Componente de No Funcionalidad, contradicción que para Noppe(1977) se origina en el hecho que los científicos dan por sentado que al adquirir el adolescente la capacidad de pensamiento formal, al cual se ata el conocimiento de la inevitabilidad de la muerte y la posibilidad de

pensar en ella de una forma abstracta y clínica, éste va a pensar siempre de esta forma, lo cual no es absolutamente necesario.

Más bien, como arguye Corr et al. (1995) citado por Noppe y Noppe (1997), las nociones originadas en el pensamiento formal y los conocimientos académicos adquiridos deben dar paso a una integración con el propio concepto general de la muerte, fruto de la experiencia adquirida a través de los años y del enfrentarse a la muerte de seres significativos, y que transforma el egocentrismo infantil que atribuye la muerte a los demás, primero en un simple concepto hipotético sobre la "cesación de la vida" y luego a empezar a considerarla como una posibilidad, como algo personal y propio algo que implica la pérdida de nuestra propia existencia, de nuestro legado, relaciones, etc.

En este mismo orden de ideas, Speece (1995) citado por Noppe y Noppe (1997) asegura que los cuatro indicadores del pensamiento "maduro" acerca de la muerte dejan por fuera muchos aspectos de importancia en la generación del pensamiento tales como el sistema de creencias del individuo, que puede incluir creencias en la vida después de la vida o "Afterlife" y en la reencarnación. En un estudio que este autor llevó a cabo en 1996, con adolescentes chinos y norteamericanos le fueron reportadas por ambos grupos gran cantidad de explicaciones no científicas a la muerte. Además encontró que el concepto de muerte con la edad se transforma de ser "en blanco y negro", binario y lógico (se está vivo o no se está), a un concepto "nebuloso", borroso, en grises, que acepta pensamientos contradictorios.

Bering y Bjorklund (2004) están de acuerdo con que el concepto y las ideas acerca de muerte no son claros y binarios. Para ellos la contradicción ente No Funcionalidad y las creencias en la vida después de la muerte se explica porque los estudios se han centrado en

aspectos biológicos que toman en cuenta la actividad explícita, como correr, comer o dormir, dejando de lado funciones humanas de otros niveles como las psicobiológicas (estar sediento, hambriento, con sueño), y categorías psicológicas como la perceptual, la emocional y la volitiva, además del aspecto epistémico del ser humano (funciones tales como saber, pensar, creer, etc.). Así, el ser humano puede reconocer formalmente la muerte con todas sus características "adultas", aplicando este concepto a un plano específico, el biológico, pero dejando por fuera los otros niveles de la existencia humana.

Parece ser que solo Kane (1979), citado por Bering y Bjorklund (2004) había llevado a cabo una división en sus estudios con niños entre funciones cognitivas y no cognitivas y había encontrado que estos percibían continuación en las funciones cognitivas y cesación de las no cognitivas en la muerte. Atribuyó esto a la idea que los niños tienen dificultad en razonar acerca de los aspectos más sutiles y no visibles de la vida (precisamente los que Bering y Bjorklund (2004) denominan *estados mentales*), que para razonar sobre fuerzas causales invisibles se requiere poseer teoría de la mente, y que cualquier teoría de la mente sobre un ser muerto es imposible de validar o negar científicamente, además porque en un ser vivo la ausencia de acción (como en el caso de quien medita) no implica la ausencia de un estado mental.

Bering (2002) citado por Bering y Bjorklund (2004), sostuvo en un estudio que razonar sobre la cesación de los estados mentales es muy difícil para una persona. Encontró que al enfrentar a un grupo experimental a la situación de una persona recién muerta en un accidente, un 36% de adultos considerados por sí mismos como extintivistas (individuos que creen que la conciencia personal deja de existir o cesa tras la muerte) atribuyeron continuidad al fallecido en los aspectos volitivo, emocional y epistémico.

Con base en las anteriormente mencionadas inquietudes, Bering y Bjorklund (2004) adelantaron una serie de experimentos con sujetos que iban desde los 4 años de edad hasta los 21, divididos por grupos de edades, con el fin de averiguar como se iba formando el razonamiento acerca de la muerte y la creencia en la Vida Después de la Muerte (Afterlife) de acuerdo con el proceso de desarrollo del individuo.

Tomando en cuenta que los individuos crecemos inmersos en un contexto social y cultural que fomenta la creencia en la vida después de la muerte, aceptan que es imposible separar los mecanismos puramente evolutivos de los culturales envueltos en la generación de estas creencias, pero que si todo lo que importase fuese la influencia cultural, a mayor edad, especialmente en los primeros años de socialización en la vida, habría una mayor creencia en la continuación psicológica tras la muerte.

Su primera hipótesis fue que el juicio acerca de *la continuidad* de los mecanismos psicológicos tras la muerte debería *decrecer* al aumentar la edad no obstante la influencia cultural, debido al aumento en el conocimiento, producto del aprendizaje escolar y vivencial acerca de la biología y sus procesos. Los autores arguyeron que si se comprobaba este decrecimiento se comprobaría que los niños trasladan su nivel de conocimiento acerca de los procesos biológicos a los procesos mentales supliendo su ignorancia acerca de estos, por lo tanto la ignorancia de la biología llevaría en el niño pequeño a atribuir continuidad psicológica, mientras que a medida que creciera su aumento en el nivel de conocimiento explícito en biología lo llevaría a hacer la misma traslación y a atribuir cesación de las funciones mentales al cesar las biológicas que las sostienen.

En otras palabras, de cumplirse lo esperado, comprobarían que las creencias acerca de la muerte no eran solo fruto del contacto religioso - social del individuo sino de una disposición natural que interactúa con diversos canales de conocimiento.

Una segunda hipótesis fue que el razonamiento sobre la discontinuidad de los procesos mentales tras la muerte aparecería en los individuos no de sopetón, en un momento dado, sino sucesivamente en diversos momentos de la evolución ontogenética en función de la naturaleza de los mecanismos que se tomaran en cuenta.

Así, la creencia en la discontinuidad de los más relacionados con el cuerpo físico y sus funciones como los psicobiológicos (relacionados con el mantenimiento de la vida) y los perceptuales (relacionados con órganos sensitivos observables) aparecería primero que la concerniente a los aspectos emocionales, volitivos y epistémicos, debido seguramente a la adquisición progresiva de un mayor nivel de razonamiento biológico que permitiría colegir que la cesación de funciones de un órgano físico como el cerebro, implica la cesación de todos los procesos mentales producidos por ese órgano.

Para realizar su estudio, Bering y Bjorklund (2004) tomaron diversos aspectos del ser humano vivo y plantearon preguntas tendientes a establecer si los sujetos creían si ciertas funciones cesaban o continuaban tras la muerte. Llevaron a cabo tres experimentos en cada uno de los cuales sucesivamente introdujeron personas de edad más avanzada y en los que había presentes subgrupos de todas las edades, cuyas respuestas compararon. Formaron grupos que dividieron por su nivel escolar en preescolares (3 a 6 años), primaria inicial (6 a 9 años), primaria tardía (10 a 12 y luego 13 años) y universitarios (18 a 21 años).

Con los niños más pequeños se estudió inicialmente solo el aspecto biológico, adicionando después comparaciones con el psicobiológico. Posteriormente se introdujo con los grupos de escolares el aspecto cognitivo, y finalmente incluyeron categorías separadas para lo biológico, lo psicobiológico, lo perceptual, lo volitivo, lo emocional y lo epistémico.

Para su estudio, Bering y Bjorklund (2004) desarrollaron un constructo para identificar una categoría especial de individuos y llamaron *Teóricos Discontinuidad Consistentes* a aquellos que daban respuestas de discontinuidad para todas las preguntas correspondientes a una función o categoría.

En el primer experimento, que solo comparó a miembros de los dos grupos de edad más pequeños y en el cual solo se tomó en cuenta el aspecto biológico de la muerte, se encontró que aún para los más pequeños era claro que las demandas biológicas ordinarias de la vida no aplicaban después de la muerte. De acuerdo con las hipótesis, los niños de más edad dieron significativamente más respuestas de discontinuidad y hubo un número significativo mayor de Teóricos Discontinuidad.

Sin embargo, en los preescolares las funciones que denotaban acción por parte del individuo muerto dieron un menor índice de discontinuidad frente a las otras, especialmente en cuanto a la necesidad de comer y de dormir. Esta última también arrojó el menor índice de discontinuidad para el grupo entre 6 y 9 años de edad, junto con la pregunta acerca de si la mente seguía funcionando.

Los autores afirman que este último resultado concuerda con los de Slaughter y Lyons (2003), citados por Bering y Bjorklund (2004) quienes concluyeron que "algunos niños pequeños conceptualizan la muerte como el continuar viviendo en circunstancias

alteradas en lugar de cómo la cesación de la maquinaria corporal". Para los autores la continuidad atribuida especialmente entre los preescolares a la función "dormir" se puede explicar en el paralelo que se hace entre estos dos estados y su aparente equivalencia perceptual.

A Bering y Bjorklund (2004) les llamó mucho la atención el que la gran mayoría de los niños en edad preescolar admitieran la cesación de las funciones biológicas incluyendo la del cerebro. Esto se contradice con la teoría y los estudios anteriores, de corte piagetiano que ya habíamos mencionado, que afirmaban que solo hacia los 7 años de edad aparece el concepto de no funcionalidad de los procesos en la muerte. Este hallazgo se repitió en los experimentos posteriores, y afirma que al menos desde los 3 años de edad los niños entienden que la muerte es el final de la vida biológica.

Por otro lado Johnson y Wellman (1982) citados por Bering y Bjorklund (2004) encontraron que a los cuatro años los niños ya tienen claro que el cerebro es el órgano que produce los pensamientos, lo que llevó a pensar a los autores que por lo tanto, los niños preescolares al ser preguntados sobre funciones cognitivas deberían afirmar que estas también cesan al dejar de funcionar el cerebro. Esta fue la razón de llevar a cabo el segundo experimento, en el cual se incluyeron preguntas sobre el funcionamiento cognitivo (el muerto ve..., piensa que..., desea..., sabe...) y el psicobiológico (está sediento, hambriento, con sueño, se siente enfermo?), dejando de lado las puramente biológicas. En este estudio también participaron preadolescentes y adolescentes tempranos.

Se encontró que las respuestas a los factores psicológicos reflejaban un significativamente menor razonamiento de discontinuidad frente a los biológicos del anterior experimento tanto para preescolares como para el grupo de primaria temprana.

Para los experimentadores estos resultados fueron sorprendentes pues rechazaron su hipótesis que el conocimiento sobre biología llevaría a negar continuidad en las funciones psicológicas claramente identificadas como originadas en un órgano del cual se reconocía dejaba de funcionar. Fue típica la siguiente dicotomía : " Los muertos no necesitan tomar agua... pero es posible que estén sedientos" (Bering y Bjorklund 2004)

Sin embargo, de acuerdo con lo esperado el pensamiento discontinuo fue aumentando de grupo en grupo de mayor edad lo mismo que el número de Teóricos Discontinuistas que pasó de un 3% en preescolar a un 30% entre los de 6 a 9 años de edad, pero se redujo a un 20% entre los preadolescentes y adolescentes tempranos.

Además hubo un significativo mayor nivel de pensamiento discontinuista y de Teóricos Discontinuistas en cuanto al aspecto psicobiológico frente al cognitivo, en el cual además no hubo variaciones significativas en el número de Teóricos Discontinuistas entre los tres grupos de edad, o sea que frente al aspecto cognitivo del funcionamiento humano, el porcentaje de los niños entre los 4 hasta los 12 años de edad que niegan continuidad de todas las funciones de este tipo tras la muerte no parece aumentar.

Otro hallazgo importante es la existencia de Teóricos Discontinuistas para ambas categorías psicológicas (psicobiológica y cognitiva) en todas las edades, que aunque en un número muy pequeño, demuestra que aún a edades muy tempranas hay niños para los cuales la muerte en forma rápida y total elimina el "ser", la existencia de un individuo.

Llamó la atención que el grupo de adolescentes fuera definitivamente continuista (65%) frente a la pregunta: "¿Sabe él que está muerto? de orden epistemológico. Esto dio lugar al tercer experimento el cual incluyó preguntas sobre lo biológico y separó lo

sicológico en cinco categorías: psicobiológico, perceptual, volitivo, emocional y epistémico, además de introducir a adolescentes tardíos como sujetos.

Los resultados fueron en su mayoría los esperados: mayor razonamiento discontinuo al aumentar la edad, y dentro de cada grupo de edad, para los aspectos biológicos, psicobiológicos y perceptuales que para los aspectos de volición, emoción y epistémico. No se encontraron diferencias significativas entre el pensamiento de los adolescentes tempranos y los tardíos (lo que concuerda con lo encontrado por Noppe y Noppe(1997) y que más adelante discutiremos), pero interesantemente, tampoco entre el razonamiento acerca de lo epistemológico entre estos últimos y los niños pequeños.

Llama la atención el que los estudiantes universitarios tuvieron un mayor pensamiento continuista que los adolescentes tempranos frente a preguntas tales como "¿El todavía desea...?" "¿Se encuentra triste...?" " ¿Está furioso...?" "¿Piensa aún en ...?" "¿Cree que..?" Bering y Bjorklund (2004) concluyen que es difícil, un verdadero reto, razonar que ciertos aspectos del funcionamiento sicológico se extinguen con la muerte, no importa la edad o el nivel de conocimiento de la persona. Además se encontró que es más probable atribuirle a los fallecidos sentimientos positivos que negativos: el 80% de los adolescentes tempranos dijeron que un muerto mantenía la capacidad de amar, y solo el 20% dijeron que mantenía la capacidad de odiar.

En definitiva, para Bering y Bjorklund (2004) es claro que se da un fenómeno universal en el cual los seres humanos creen en la existencia de "un conocedor y creyente espíritu dotado de mente, que se ha liberado de su aspecto puramente biológico", creencia que es fruto de una interacción entre una tendencia natural hacia ella, una ambivalencia

cognitiva innata, el conocimiento, la experiencia de vida y el aprendizaje cultural y religioso, sin poderse atribuir a uno solo de estos factores.

Tomar como causas únicas como muchos pensadores pretenden, de la creencia en cierta forma de continuidad (en la continuidad de ciertos aspectos psicológicos y la discontinuidad de otros) a la inmersión cultural y la doctrina religiosa por sí solas, cuyos efectos deberían aumentar entre mayor tiempo viva un individuo en una sociedad, se contradice con el aumento en el pensamiento discontinuo a medida que aumenta la edad y con el hecho que muy pocos niños en el experimento incluyeron dentro de sus respuestas conceptos religiosos tales como Dios, el cielo, el espíritu, etc.

Su conclusión se puede resumir en la siguiente cita que hacen : “La atribución de estados psicológicos a los muertos es transcultural y una característica definitoria de la especie humana. Ningún otro animal lleva a cabo rituales y cuidados con los cadáveres de los suyos, lo que denota la creencia de la especie en que la mente del fallecido sigue existiendo de alguna forma” (Boyer 2001, citado por Bering y Bjorklund 2004).

Otro estudio que tomó en cuenta el desarrollo ontológico como factor comparativo de los conceptos de la muerte, fue el de Tamm y Granqvist (1995), en el cual profundizaremos posteriormente, y cuyos hallazgos confirman los de Bering y Bjorklund (2004) en cuanto a una evolución en la conceptualización del adolescente, quien parte del concepto “maduro” adquirido en la infancia y quien con el paso de la edad y de las experiencias se dirige a un concepto más metafísico al que llega en la adolescencia tardía.

En general encontraron que el porcentaje de muchachos con visión biológica fue reduciéndose a medida que aumentaba la edad al mismo tiempo que aumentaba el de aquellos con una visión predominantemente metafísica y se mantenía estable el de aquellos

que tenían una visión psicológica. Específicamente, entre los preadolescentes y los adolescentes tempranos predominaba un concepto biológico de la muerte en el cual, para las autoras, se ve a la muerte en una forma realista, atada a los sentidos, que refleja la información que reciben a diario por los medios masivos de comunicación (especialmente en cuanto a una visión violenta), al igual que el estado de sus conocimientos.

Al lado de la violencia el tema pictórico más recurrente en este grupo de edad eran los ritos mortuorios, reflejo de la idea de Irreversibilidad y carácter definitivo de la muerte, propios de la concepción “madura” de esta. Por su parte, los muchachos pertenecientes a los grupos de adolescencia intermedia y tardía relacionaron su comprensión de la muerte con un complejo sistema de pensamiento religioso y filosófico. Las autoras ven en este proceso de cambio una afirmación del modelo de Piaget.

Noppe(1997) también decidieron determinar si el esquema binario de los niños acerca de la muerte evolucionaba, principalmente debido a la experiencia con esta, hasta convertirse en un complejo constructo que incorpora la creencia en el Afterlife junto con el concepto maduro de muerte a lo largo de la adolescencia, para lo cual, al igual que Bering y Bjorklund (2004) estudiaron el entendimiento de la muerte en varios niveles: cognitivo, socio emocional y experiencial.

Sus participantes fueron solo adolescentes pertenecientes a tres etapas de la adolescencia que ellos calificaron como temprana (estudiantes de "middle school", intermedia ("high school") y tardía ("college"), siendo sus edades promedio 13, 17 y 21 años respectivamente. Estudiaron otros temas aparte del de los conceptos, como el del apego por los padres y los pares como una variable de peso dentro de las actitudes comportamentales hacia la muerte. Inquirieron a sus participantes sobre el significado de la

muerte, sobre si sus ideas acerca de esta habían cambiado en los últimos años y sobre qué les preocupaba de la muerte.

En concordancia con las premisas de Noppe y Noppe (1997), Adams et al. (1999) opina que la muerte es una experiencia educadora y la búsqueda por significados para la muerte se convierte en parte importante de la vida de los adolescentes una vez se enfrentan a ella y a medida que crecen y adquieren información, su comprensión de la muerte puede evolucionar y cambiar.

Para medir la experiencia como factor que altera los conceptos de la muerte, Noppe y Noppe (1997) preguntaron a cuantos entierros había asistido el participante, si este había experimentado la muerte de algún familiar o amigo, que tan cercanas habían sido las experiencias y detalles sobre estas experiencias relativos a causas como el suicidio, AIDS, etc. Obtuvieron como resultados que efectivamente se presenta un aumento significativo en la experiencia de muerte al ir aumentando la edad dentro de la adolescencia, el cual es mayor para las mujeres y da un salto grande entre colegiales y universitarios.

En contraste con el estudio de Bering y Bjorklund (2004) que se concentró en establecer la continuidad o discontinuidad de las funciones psicológicas del individuo, el estudio de Noppe y Noppe (1997) hizo preguntas directamente relacionadas con las creencias en la vida no corpórea. Se preguntó si se creía en: el cielo, el infierno, la reencarnación, la vida después de la vida, la continuidad del alma, la energía vital, o en nada. El estudio incluyó tres posibles respuestas a las siete preguntas acerca de la continuidad: a) si la persona creía en ella b) si dudaba, y c) si se encontraba en desacuerdo.

El autor opina que aun cuando este tipo de preguntas sirven para establecer si existe una creencia en el mas allá, su carácter religioso, atado a filosofías, no las hace objetivas

para poder definir lo que se esta buscando, que es saber si la persona cree en la continuidad de la existencia aun después de la cesación de funciones corporales. Cuatro de las siete preguntas parten del principio de una continuidad y se refieren más a como sería, o a características de esa no corporeidad, como al lugar o la forma en que tomaría lugar. Los resultados pueden entonces verse alterados: Alguien puede no creer en la existencia de lugares tales como el cielo o el infierno porque no forman parte de su sistema de creencias (por ejemplo un Budista), y alguien no creerá en la reencarnación (un cristiano) y responderá negativamente a estas preguntas, aun cuando crea en una forma de existencia no corpórea.

El autor opina que la forma de dirigirse al tema de la continuidad de Bering y Bjorklund (2004) es mas fiable pues se centra en funciones comunes a todos los seres humanos vivos que no están atadas a un sistema de creencias particular.

Al igual que Bering y Bjorklund (2004) encontraron que la creencia en la continuidad no corpórea aumenta significativamente con la edad si se comparan los adolescentes tempranos y los tardíos, pero disminuye en los intermedios, quienes presentan el mayor índice de falta de certeza acerca de este punto.

Igualmente, el porcentaje de participantes que respondieron positivamente a las siete preguntas que medían creencia en la continuidad y que en contraste con los "Teóricos Discontinuistas" del estudio de Bering y Bjorklund (2004) podríamos llamar "Teóricos Continuistas", fue igual entre los adolescentes tempranos y los tardíos, y menor en los intermedios. Si tomamos en cuenta la índole de las preguntas que se hicieron acerca de continuidad, es sorprendente el simple hecho que se hayan encontrado teóricos continuistas. Tendrían que creer en cosas excluyentes como cielo e infierno frente a

reencarnación, o alma frente a energía vital. Desde luego, quien responda afirmativamente a todas estas preguntas es definitivamente un continuista convencido.

En el estudio, Noppe y Noppe (1997) también incluyeron preguntas abiertas entre las cuales se encontraba: Que significa la muerte para ti? Las respuestas dadas a esta pregunta se agruparon en tres categorías: Concepción Madura de la Muerte, No Corporeidad, y Separación (de los seres queridos, la cual se ve como perder a figuras significativas por muerte de estas, no del adolescente) y se encontró de nuevo que a mayor edad para un mayor numero de personas la muerte significa no corporeidad.

Sin embargo si tomamos en cuenta la respuesta "separación", aunque es un significado de la muerte, tal vez no se debería de tabular junto con las otras dos categorías. Esta respuesta no revela nada acerca de la concepción que se tiene de la muerte ya sea como final e irreversible o como inicio de una existencia extra corpórea y puede ser concomitante con cualquiera de estos conceptos.

La continuidad o creencia en una existencia no corpórea también fue un resultado abrumador para todos los participantes sin importar su clase social, en el estudio de Morin y Welsh (1996) que estudiaremos adelante, centrado en las diferencias en origen social y en contexto ambiental, que incluyó sin hacer diferenciaciones por momento del desarrollo a adolescentes de los 13 a los 17 años.

En este estudio al igual que en el de Noppe y Noppe (1997) también se solicitó a los participantes que definieran la muerte. Aun cuando se presentaron diferencias en cuanto a los conceptos que evocaba la palabra muerte, al mirar ya no tanto la definición como las creencias, los resultados arrojaron que la mayoría (77%) creía en la no corporeidad, puesta

en términos religiosos y un 22% en la cesación de funciones y la descomposición del cuerpo.

Noppe y Noppe (1997) llegan a la conclusión que a lo largo de la adolescencia se presenta un cambio en el esquema que tienen los adolescentes, el cual pasa de nociones muy claras a una visión "borrosa" que admite diferentes tonalidades o ángulos en un mismo cuadro. De demarcaciones claras y tajantes acerca de la vida y la muerte, el cielo y el infierno, y el pasar de funcionalidad a la nada, los adolescentes evolucionan al considerar situaciones como la reencarnación, "vivir bajo otra modalidad", convertirse en otra forma de energía, etc.

"La muerte, mirada originalmente desde el ventajoso observatorio de algo que ocurre al otro, se vuelve algo más fácilmente reconocible como aplicable a uno mismo a medida que la capa de la inmortalidad se va haciendo jirones en el bachillerato y especialmente en la universidad"(Gordon 1986, citado por Noppe y Noppe 1997).

Estos esquemas se modifican por el aumento de los pensamientos dedicados a la muerte, producto de la experiencia, de la exposición a la muerte a través de los medios de comunicación y de una mayor discusión de asuntos relacionados con un cada vez mayor número de amigos.

Finalmente Noppe y Noppe (1997) llegan a una conclusión que apoya los trabajos de Bering y es que el concepto "maduro" sobre la muerte se debe limitar o enmarcar dentro de un esquema cognitivo, y por lo tanto no se puede aplicar a, pero subsiste al lado de los factores emocionales experienciales y afectivos, de los que tampoco se puede desligar.

Además de los conceptos es sí, las personas llevan a cabo acciones que se relacionan directamente con su visión de la muerte. El estudio de Noppe y Noppe (1997)

tomó en cuenta el aspecto conductual analizando comportamientos riesgosos tales como ingesta de alcohol desenfrenada, conducir bajo los efectos del alcohol o sustancias, sostener relaciones sexuales sin protección y fumar. Solo se preguntó por estas conductas a los estudiantes clasificados como adolescentes intermedios y tardíos. Estas conductas fueron mayores entre los intermedios y entre los varones.

Noppe y Noppe (1997) encontraron que la creencia en la continuidad está negativamente correlacionada con las conductas riesgosas al igual que el adolescente haber modificado sus ideas durante los últimos años, el haber adquirido mayor experiencia y el haber sufrido cambios en el nivel de ansiedad (indistintamente si ha decrecido o ha aumentado) acerca de la muerte. Es de anotar que todos estos factores se encuentran positivamente correlacionados entre sí.

Todo esto me indica que las creencias religiosas, el conocimiento, la información, el preocuparse por la muerte (todas las cuales implican pensar en la muerte) y el proceso de maduración, son factores protectores frente a las conductas riesgosas dentro del grupo de adolescentes. Las conductas riesgosas han sido relacionadas con la Fábula Personal, y la edad de quienes presentan conductas de riesgo, su falta de experiencia y de pensar en la muerte me llevan a creer en que tienen una fábula Personal intacta. Si pudiéramos afectarla, podríamos reducir estas conductas destructivas?

Recalca la importancia de entablar canales de comunicación acerca de este tema en una sociedad que vive de espaldas a la muerte, que solo busca evitarla y la disfraza con eufemismos. Solo llegado el momento en que las personas la deben enfrentar se preocupan por ella, y por lo general los coge desarmados.

En mi practica he observado como varias de mis consultantes que me confiesan haber intentado suicidarse antes de haber tenido una experiencia con la muerte no lo harían ahora. El enfrentarse a ella las hace darse cuenta de todo lo que significa e implica y se deja de ver como una simple escapatoria.

El autor no considera necesario que la gente tenga que vivir experiencias que les afecten directamente, relacionadas con la muerte (que por naturaleza solo se empiezan a dar a partir de cierta edad, como lo confirma el estudio), para aprender sobre ella. La información se puede adquirir por otros medios y podríamos evitar multitud de accidentes, enfermedades y muertes innecesarias en nuestros adolescentes si se la brindáramos, si los pusiéramos en contacto.

Sin embargo, Mueller (1975) quien está de acuerdo con la negación que se hace de la muerte y plantea que tal como se brinda educación sexual en los colegios debería haber un programa para dar educación en la muerte, llevó a cabo un estudio experimental en el cual trabajó con adolescentes intermedios de dos colegios, siendo el grupo control objeto de doce sesiones de clase sobre la muerte. Encontró que el objetivo buscado, la reducción del temor a la muerte como factor generador de ansiedad no se cumplió pues no se encontraron diferencias significativas en los post test de ambos grupos.

La autora da varias posibles explicaciones para los resultados y sugiere continuar la experimentación con grupos de otras edades, especialmente con adolescentes tardíos , pues admite que las lecciones requerían de razonamiento abstracto tal vez todavía no muy arraigado entre la muestra, y porque cree que a mayor edad una persona está en mayor capacidad de reflexionar, en lugar de reflejar, las actitudes de la sociedad.

Parte importante de los conceptos que se tienen de la muerte son los temores que esta produce en las personas, que se manifiestan causando preocupación o ansiedad. En los adolescentes estos temores no son ajenos. Por ejemplo se encontró que a la gran mayoría de los entrevistados por Noppe y Noppe(1997) sin importar la edad les preocupa la idea de la muerte misma, mientras que otros temores relacionados, como el morir sin dejar un legado, la separación de los seres queridos, la continuidad, o la inevitabilidad de la muerte se presentan solo a determinadas edades.

Los adolescentes tempranos son a quienes menos preocupa tanto la muerte en sí, como el dejar un legado y el separarse de los seres queridos (posiblemente, creo yo porque no ven la muerte como algo probable o inminente). Sin embargo en este grupo se encontraba el mayor número de a quienes les preocupaba si habría o no continuidad y la idea de inevitabilidad de la muerte.

Otro aspecto importante de las conclusiones de Noppe y Noppe (1997) es el que para todos los adolescentes la muerte significa la separación de aquellos a los que amamos al igual que la interrupción de nuestras actividades o proyectos presentes y futuros. El estudio encontró que aun cuando a todas las edades la muerte significa separación, solo al ir aumentando la edad se presenta preocupación o ansiedad por esta.

El separarse definitivamente de alguien o algo es lo que comúnmente denominamos una pérdida, y es tan importante que el trabajo de duelo en sí se encuentra indisolublemente ligado a ella, consistiendo en el aprender a aceptarla, sobrellevarla y volver a funcionar tras sufrirla. Podríamos decir que si no hay pérdida no hay duelo.

A la cabeza de los estudios sobre la pérdida estuvo Bowlby quien dedicó a ella el tercer tomo de su libro sobre el Apego. Siempre se ha relacionado al apego con las

complicaciones en los duelos, pues se sugiere aumenta el significado de la pérdida; sin embargo Noppe y Noppe (1997) sugiere que un duelo difícil puede estar más relacionado con un aumento en la ansiedad causado por una pérdida al no poder contar con aquellos que han servido de apoyo cuando se tiene que enfrentar solos momentos de tensión emocional o difíciles, que con la pérdida en sí.

En el estudio de Morin y Welsh (1996) se encontró que lo que más preocupaba o molestaba a los adolescentes suburbanos era la posibilidad de sufrimiento y la incertidumbre por lo que habría de pasar, mientras que a los urbanos era la separación o pérdida de alguien que se ama y el morir jóvenes, pero igualmente incluyeron en tercer lugar el sufrimiento y la incertidumbre.

En este mismo orden de ideas Adams et al. (1999) menciona que la muerte en sí es fuente de temores para los niños y adolescentes moribundos. Los menores temen principalmente la separación de sus seres queridos, mientras los mayores temen a la mutilación o destrucción de su cuerpo y al abandono.

Entre los adolescentes chinos se mantiene a la cabeza el mismo temor de separación. Cheung y Ho (2004) encontraron que la metáfora que más alto puntaje obtuvo en su estudio fue “Una separación de alguien a quien se ama” la cual para ellos presenta una alta correlación con la ansiedad producida por la muerte, y representa claramente, junto con otras dos de las metáforas escogidas entre las diez primeras: “Un adiós agradecido” y “Personas llorando alrededor de mi cama” todas las cuales han sido clasificadas como “Orientadas Interpersonalmente” por Ho (1997), citado por Cheung y Ho (2004), que lo que más importa a los chinos sobre su propia muerte es la reacción y el bienestar de sus seres queridos y el separarse de estos. Es de anotar que para los adolescentes chinos la

ansiedad causada por la separación se refiere la mayoría de las veces a la situación del irse y dejar solos a los demás, el qué pasará con los supervivientes, mientras los norteamericanos la mayor parte de las veces ven la separación como consecuente de la partida de otro, o sea se preocupan por su propia soledad.

Esto concuerda con anteriores hallazgos de Ho (2002, citado por Cheung y Ho 2004) en los cuales la frase “Yo no quiero abandonarla/lo” fue la más citada por sus entrevistados en duelo, y con las conclusiones alcanzadas por Hwang (1995) citado por Cheung y Ho (2004), en un estudio transcultural que reveló que los adolescentes chinos presentan mayor ansiedad frente a la muerte de un ser querido que los occidentales. Por todo ello para los autores la dimensión interpersonal, y el temor a la separación son de gran importancia para comprender la percepción de la muerte de los chinos.

Habiendo ya analizado los principales conceptos sobre la muerte y la formación ontológica de éstos, creo conveniente que echemos un vistazo a las variables que influyen en su formación.

Los conceptos acerca de la muerte, así como la mayoría de productos de nuestra mente tienen diversos orígenes que permiten que varíen de persona en persona, en algunos casos en detalles, en otros en cuestiones más profundas. De acuerdo con varios autores (Adams et al. 1999, Morin y Walsh 1996, Ness 1993 y Cheung y Ho 2004), hay muchas variables que afectan los conceptos de la muerte y por ende el proceso de duelo de los niños y adolescentes.

Entre ellas encontramos las personales como edad, género, nivel de desarrollo, habilidades cognitivas, personalidad, madurez emocional, experiencias de vida (los niños que padecen enfermedades que ponen sus vidas en peligro desarrollan sus conceptos sobre

la muerte en condiciones diferentes a los niños sanos y en forma mucho más temprana Adams et al. (1999) y sus experiencias con la muerte. Noppe y Noppe (1997) y Morin y Walsh (1996)

También encontramos variables ambientales como el nivel y los patrones de comunicación dentro de la familia, las creencias religiosas, la exposición del adolescente a los medios de comunicación masivos y a las manifestaciones de cultura popular, el medio ambiente físico, el nivel socioeconómico, la historia de su grupo social, y la ideología política imperante en el país en que se vive, al igual que si este se encuentra o no en conflicto. Tamm y Granqvist (1995).

En sus extensos estudios tanatológicos, Elizabeth Kübler Ross (1975), citada por Cheung y Ho (2004) afirma que las diferentes culturas dan diferentes significados y explicaciones a la muerte, los cuales con la intervención de la ideología y la religión, pueden variar el nivel de ansiedad causada por esta, como parece ser el caso con los pueblos orientales donde el aceptar las realidades de la vida junto a la visión de la muerte como “un incidente en la existencia continuada” (Westman y Canter 1985, citados por Cheung y Ho 2004) han arrojado en varios estudios comparativos un menor nivel en ansiedad relacionada con la muerte frente a sujetos occidentales.

Una de las variables personales que normalmente marca una diferencia en el campo conceptual es el género. La mayoría de los estudios revisados analizaron los resultados desde esta variable y procuraron tener un número equivalente de participantes de ambos sexos. Sin embargo tanto Bering y Bjorklund (2004) como Noppe y Noppe (1997) no encontraron diferencias significativas de género, así que lo desestimaron al momento de discutir sus resultados. Estos últimos solo mencionan como diferencias que la experiencia

de muerte al aumentar la edad es mayor en las mujeres que en los hombres, y que estos últimos presentan mayores conductas de riesgo.

La única investigación revisada que centró su trabajo en las diferencias de género fue la adelantada por las investigadoras suecas Tamm y Granqvist (1995), quienes en una investigación anterior llevada a cabo en 1993, encontraron que había diferencias de género en las formas de ver la muerte entre niños de 6 a 9 años de edad. Los varones tendían a verla en términos más violentos que las niñas, y éstas la relacionaban con emociones de diversos tipos al tiempo que sus dibujos mostraban imágenes de “Afterlife”.

Los estudios de estas investigadoras se centraron en el dibujo, pues consideran que son un medio confirmado para establecer ideas y percepciones no fácilmente verbalizables, y puesto que anteriormente ha sido utilizado para valorar diferencias de género acerca de diferentes temas. Cheung y Ho (2004), están de acuerdo con el uso de medios diferentes a la expresión verbal directa y alegan que el uso de dibujo y de metáforas en la comprensión de la propia muerte nos permite calibrar percepciones que son difíciles de transmitir por medio del lenguaje común.

Para su experimento utilizaron cuatro grupos de edades correspondientes a las diferentes etapas de la adolescencia: 9 a 10 años, 12 a 13, 15 a 16 y 18 a 19 años, divididos equitativamente entre hombres y mujeres. A todos se les pidió que dibujaran lo primero que se les venía a la cabeza al oír la palabra muerte, y a que luego escribieran un comentario explicando y especificando el contenido de su dibujo. Los dibujos y escritos fueron analizados fenomenográficamente en forma individual y adjudicados a una de tres categorías conceptuales principales acerca de la muerte : Biológica (los dibujos hacían énfasis en la forma de ocurrencia de la muerte, el momento de la muerte o el cuerpo

muerto), Psicológica (los dibujos hacían énfasis en emociones como el dolor, la tristeza , la ansiedad y la sensación de vacío) y Metafísica (los dibujos eran abstracciones de temas religiosos, filosóficos o simbólicos acerca de la vida después de la muerte y el significado de la muerte).

Tamm y Granqvist (1995) encontraron, al contrario que los demás autores presentados en este escrito, que habían diferencias en cuanto a los conceptos de la muerte con base en el género. La mayor se refería a la muerte como algo violento, que a lo largo de todas las edades se presentó significativamente más entre los hombres que entre las mujeres, aunque en mayor número en el grupo de preadolescentes. Aún la forma violenta de morir era diferente: los varones mostraron actos voluntarios de violencia, mientras las pocas niñas que tenían una idea violenta de la muerte la representaron como un accidente. Estos resultados concuerdan con la diferencia de género más marcada que se presenta en occidente, como es la agresividad del varón.

Otra diferencia encontrada por las investigadoras, que se dio según ellas debido al método investigativo (estudio del dibujo) ya que solo ha aparecido en los estudios que lo han utilizado, fue que desde los preadolescentes hasta los adolescentes intermedios, los varones fueron más dados a personificar o antropomorfizar la muerte, mecanismo utilizado para paliar la ansiedad que produce la muerte, situándola como algo externo y negando su carácter de algo propio a nuestra existencia.. Yalom (1980 citado por Tamm y Granqvist (1995) El que se presente esta negación de la muerte como algo inevitable y natural en adolescentes de todas las edades corrobora para mí, que el concepto “maduro” de la muerte no es algo verdaderamente arraigado en el interior de la persona ni siquiera al inicio

de la adolescencia cuando se comenzaría el camino, marcado por la experiencia y la reflexión, de ver la muerte de otra manera.

Se encontraron igualmente diferencias de género en el hecho que más varones que hembras representaron a la muerte como algo oscuro y vacío, y en que más mujeres que hombres la representaron como tristeza y como experiencias cercanas a la muerte (el famoso túnel).

Dentro de las influencias externas o socio culturales consideramos que la religión, la cultura propia de una etnia y la clase social son muy importantes en la elaboración de los conceptos de duelo. Echaremos un vistazo a sendos estudios que exploran estos factores lo mismo que a otro que analiza la influencia del rock sobre los adolescentes de los últimos 40 años.

Para muchas personas del común así como para varios pensadores políticos y filósofos la religión y la muerte van cogidas de la mano. Algunos se preguntan: ¿ Si no hubiera muerte, existiría la religión? “De todas las fuentes de las que emana la religión, la suprema y definitiva crisis de la vida, la muerte, tiene infinita importancia” (Malinowsky 1925, citado por Bowker 1996). Para algunos, la creencia en una vida después de la vida es un producto de la religión, como para Marx citado por Bowker (1996).

Sin embargo, para Bowker (1996) un filósofo , teólogo y tanatólogo, en sus orígenes la religión era independiente de la muerte y de los temores que esta representara para el ser humano. Las religiones más antiguas y entre ellas la hebrea, fuente de la tradición religiosa de occidente, no hablaban de vida después de la vida, ni del cielo o el infierno y sus escritos apenas tocaban el tema de la muerte. Bowker (1996) afirma que tanto el creer en

Dios como el creer en la vida después de la vida son disposiciones naturales al ser humano, en lo que concuerda con Bering y Bjorklund (2004).

Sin embargo, es claro que las diversas concepciones de la muerte y de la vida después de la vida, son altamente influidas por la religión a la que se pertenezca o en su defecto por la carencia de esta, así como igualmente lo son las concepciones de la vida.

¿ Dentro de las influencias culturales, cual más importante que la *cultura* como tal?
¿ La cultura que impregna todas las actividades, productos intelectuales y el diario vivir de un pueblo? Siempre se ha especulado que las culturas occidental y oriental tienen puntos de vista divergentes acerca de los aspectos más importantes de la vida. En efecto para algunos son contrapuestas. Es por esto que decidimos revisar un artículo que tuviera como sujetos a miembros de la cultura china, los cuales aun cuando pertenecen a Hong Kong, una de las ciudades más cosmopolitas de la china, y la cual ha recibido influencias de occidente por muchos años, mantienen en general su cultura y valores, además de su idioma y escritura que en sí son toda una forma única de expresarse.

Al igual que Tamm y Granqvist (1995) Cheung y Ho (2004), también utilizaron el dibujo, junto con las metáforas, para desentrañar las percepciones personales de adolescentes tardíos de Hong Kong hacia la muerte. Aducen que al ser la escritura del idioma chino pictográfica, donde los caracteres se originan en representaciones colectivas de un fenómeno, y al utilizarse la metáfora por el pueblo chino para comunicar emociones, se puede llegar al interior de lo que siente el adolescente por estos dos medios. Sugieren, citando a Mc. Lennan y Stewart (1997), que la metáfora es un vehículo que pasa bajo los pensamientos concientes racionales del individuo y llega a la percepción inconsciente de

la ansiedad y la muerte, y la definen como “una proyección del significado personal de la muerte utilizando la expresión figurativa” (Indurkha 1997, citado por Cheung y Ho 2004).

Cheung y Ho (2004) pidieron a sus participantes (universitarios entre los 18 y 23 años de edad) que dibujaran lo que significaba la muerte para ellos y luego les presentaron una lista de 30 frases (metáforas) a las cuales debían en una escala Likert calificar como aquellas con las que se identificaban o no en su percepción de la muerte. Algunas de estas metáforas correspondían a fantasías positivas (“Un capullo que se convierte en mariposa”) y otras a negativas (“Un frío y solitario camino”) acerca de la muerte, con un mayor o menor grado de creencia o no en el “Afterlife”. Otras eran más bien simplemente extintivistas y neutras (La caída de un acantilado”).

Encontraron que para los adolescentes las fantasías positivas, todas las cuales implicaban algún tipo de vida después de la vida, eran con la que se identificaban más, por encima de las negativas aun cuando también implicaran una creencia en el “Afterlife”. Las metáforas más extintivistas de todas: “Un tigre que te devora” y “un electrocardiograma plano”, estuvieron entre las últimas diez en identificación. La única metáfora que yo interpreto como extintivista y que estuvo entre las diez primeras fue: “Una lápida con mi foto”, rodeada por frases como: “Un dulce sueño”, “Un camino al cielo” “ Un ángel brillante”, “ Un jardín pacífico”, “Una nueva experiencia” y “Volver a Casa”.

Otra conclusión a la que llegaron Cheung y Ho (2004), fue que las personas pertenecientes a un credo formal se identificaban significativamente más con las fantasías positivas, mientras que aquellos sin religión establecida con las negativas. En concordancia con esto, Tamm y Granqvist (1995) aseguran que la casi nula concepción de la muerte en términos religiosos y la representación pictórica de la muerte como algo oscuro y vacío o

como un túnel entre 71 de los 431 sujetos de su muestra (16%), es un reflejo de la cultura sueca, secular y en la que se valora el pensamiento científico y una visión científica y existencialista de la muerte.

Cheung y Ho (2004) también encontraron que las mujeres se identifican significativamente más con las metáforas positivas que los hombres. Pero su conclusión más importante ya la habíamos mencionado anteriormente y es el carácter de interrelación que prima en la vida y que se traspasa a la muerte dándole su significado. Recordemos que las metáforas que mayor puntaje obtuvieron en el estudio fueron las que se habían calificado como “Orientadas Interpersonalmente” por los autores, y que su mayor preocupación era el bienestar de sus deudos.

La investigación adelantada por Morin y Welsh (1996) acerca de percepciones en el adolescente de la muerte y el duelo, tuvo un matiz comparativo entre adolescentes de diferentes orígenes sociales (grupos extremos y opuestos, podríamos decir) en la sociedad norteamericana. Compararon un grupo de blancos, protestantes de clase media suburbana que vivían con sus familias, frente a un grupo de chicos negros, católicos y musulmanes, del centro de la ciudad que vivían en un centro de readaptación para niños delincuentes.

Mayores diferencias entre dos grupos no se pueden encontrar dentro de una misma sociedad, y aunque cada muestra corresponde a grupos bien definidos y numerosos de la composición social de ese país, opino que tantas variables en juego no permiten llevar a cabo un estudio en el cual se pueda identificar cual o cuales ejercen su peso sobre los conceptos emergentes de la muerte o en las diferencias entre estos conceptos. Sin embargo, cuando hay acuerdo en un punto, cuando un concepto o creencia es común a poblaciones tan apartadas, es de suma importancia pues casi lo podríamos generalizar a “los

adolescentes”, sin especificar características particulares. En el estudio de Morin y Welsh (1996) hay varios de estos puntos de unión.

Sin embargo en algunos casos encontraron resultados tan disímiles como las características de sus muestras: Para algunos de los suburbanos (clase media) la muerte era una “existencia diferente” mientras que ninguno de los urbanos (clase baja) la definió así. Un mayor número de urbanos la definió como “Estar en otra parte”, con lo que estuvieron de acuerdo algunos suburbanos y la mayoría la definió como “Ausencia de Vida”. Para un buen número de los adolescentes urbanos (27%) la muerte era “que se les disparara o se les asesinara”, lo que llamó la atención de los investigadores pues ninguno de los adolescentes de nivel económico medio (suburbanos) dio una respuesta que implicara violencia.

Morin y Welsh (1996) llegaron entonces a la conclusión que la dureza de las condiciones de vida en el grupo urbano y las primeras experiencias con la muerte, que fueron de muerte violenta, afectaban la mayoría de sus respuestas, reacciones y comentarios, brindándole a la muerte y a las ideas relacionadas con ella un sabor violento que las diferenciaba de las ideas de la muerte como algo relacionado con la paz que presentaron los adolescentes suburbanos. Los autores aseguran que las estadísticas de varios estudios sociales llevan a la conclusión que las percepciones y experiencias de la muerte en los adolescentes son tantas y tan variadas como sus entornos.

Otra influencia que interactúa con la anterior en la formación de los conceptos de muerte encontrada por Morin y Welsh (1996), fue qué rol jugaba la persona cuya muerte constituyó la primera experiencia directa de un niño. Para la mayoría de los jóvenes norteamericanos, y podríamos extender esta afirmación a aquellos que viven en países occidentales en paz, su primer contacto con la muerte es aquella de alguien mayor, un

abuelo, un vecino de edad, etc. Kalish (1985) citado por Morin y Welsh (1996) Sin embargo aquellos que viven en mundos o ambientes violentos se enfrentan a la muerte de figuras más jóvenes y más cercanas, tales como sus pares o sus cuidadores. Esto promueve una visión de la muerte como algo negativo, para la cual no hay consuelo.

Los jóvenes en general, pero especialmente quienes no tienen a quien acudir en busca de ayuda, tratan de entender eventos como la muerte a su propia manera, pero a menudo carecen de la experiencia que les permita comprender la muerte de alguien cercano. La falta de comunicación e información acerca de esta los llevará a llenar su vacío en cuanto a sus ideas acerca de la muerte con su imaginación.(Adams et al. 1999) Es de anotar que “sus propias ideas” fueron reportadas por los sujetos del estudio de Morin y Welsh (1996) como la segunda fuente más importante de sus creencias acerca de la muerte, solo superada por la influencia familiar, y por encima de la iglesia, el colegio y la televisión.

Morin y Welsh (1996) encontraron que aun cuando en estudios anteriores como el de Talmer (1974); citado por Morin y Welsh (1996) se había llegado a la conclusión que la influencia parental no era significativa en la formación de los conceptos acerca de la muerte, un 76% de los niños urbanos y un 32% de los suburbanos la identificaron como la influencia más importante, afirmaron que en sus hogares se hablaba abiertamente sobre la muerte y la mayoría de los integrantes de ambos grupos recomendaron a los padres conversar con sus hijos cuando se presentara una situación de duelo como la conducta que más ayuda puede dar en el enfrentarse a este.

Dentro de los factores que pueden influir el pensamiento acerca de la muerte y otros aspectos de la vida se encuentran, con mucho peso, los culturales, que hoy en día llegan a

los jóvenes de todo el mundo gracias a los medios de comunicación masiva, que muchas veces exponen al adolescente a una visión sensacionalista de la muerte. Morin y Welsh (1996). Las obras de teatro, la literatura, y otros escritos de menor calidad, al igual que la historia masifican su audiencia gracias a la cinematografía, en sí a veces un arte y expresión de cultura, pero la cual muchas veces vende su producido gracias a la inclusión de violencia gratuita.

Si nos atenemos a lo que ocurre en el mundo real, cuantos asesinatos, masacres, tomas de pueblos, explosiones de bombas y de minas quiebrapatatas, cuanta sangre y muerte ve un adolescente cada día por televisión, parte integral de nuestra cultura contemporánea? Si nos vamos al mundo de la ficción, Adams et al. (1999) afirma que se debe tomar en cuenta que el contacto de los muchachos con la televisión y otros medios de comunicación pueden influenciar su concepción de la muerte en forma negativa por medio de borrar la distinción entre fantasía y realidad, llevándoles a pensar que la muerte es solo una condición temporal.

Desde luego, nuestros temores se ven reducidos si tomamos en cuenta que Morin y Welsh (1996) encontraron que la televisión se encontraba de cuartas dentro de las influencias sobre los jóvenes y que solo un 7.7% de éstos la consideraron como uno de los factores que tomaron en cuenta podían influir sus conceptos sobre la muerte.

Sin embargo tal vez la manifestación cultural más extendida y la que más importancia tiene para el adolescente contemporáneo occidental es la música. Es común la identificación entre un adolescente y "mi música", factor que une a los diferentes grupos de pares y que le sirve a los miembros pertenecientes a una generación en particular para diferenciarse de los de otra, especialmente sus padres.

El movimiento de música rock, surgido en los años 50 y que permanece intacto hasta hoy con decenas de variedades (punk, metal, pop, heavy, etc.) se ha servido de la globalización, y se ha extendido a lo largo de la civilización occidental y aún en la oriental, traducida a muchos idiomas y que ha penetrado muchos ámbitos, aún el de la música religiosa. En nuestro país uno de los eventos juveniles de masas más importantes es el festival de "Rock al Parque" que todos los años reúne miles durante varios días y la visita de algún grupo extranjero es garantía de éxito para los organizadores de eventos.

En los E.U.A. se la considera como uno de los elementos integrantes de la sociedad, según Curtis (1987), citado por Plopper y Ness (1993) y ha sido reconocida como "un importante canal para la comunicación y expresión de valores, conflictos, actitudes y emociones del adolescente" (Welsh y Hakannen 1991, citados por Plopper y Ness 1993). Más aún esta influencia es multidireccional, como toda interacción social, y se ha encontrado que la comunicación en masa, de la cual hacen parte los contenidos de las canciones de Rock, "ha alterado las formas en que se ve a la muerte en la sociedad y que los adolescentes las utilizan para expresar los temores y frustraciones que ella les despierta". (Fulton 1988, citado por Plopper y Ness 1993).

Tomando estos antecedentes, Plopper y Ness (1993) adelantaron un estudio de las canciones producidas entre 1955 y 1991 e incluidas en "Los cuarenta Principales", recuento de las canciones más populares y más vendidas en los E.U.A., y que es transmitido como programa radial semanalmente en emisoras de alta popularidad alrededor del mundo (88.9 f.m. en Bogotá). Utilizaron esta clasificación además, debido a que encontraron que la Asociación de la industria fonográfica de Norteamérica afirma que los

adolescentes y jóvenes adultos conforman el segmento principal de compradores de las canciones incluidas en los "Top 40".

Entre otras preguntas se hicieron las siguientes: ¿Qué tan prominente ha sido la muerte en la música rock? y ¿Qué actitudes y comportamientos hacia la muerte son mostrados en estas canciones? Un proceso de identificación de las canciones relacionadas con la muerte siguiendo un lineamiento en el cual la canción debía cumplir con una serie de requisitos que garantizaba que la muerte era un tema importante de la canción, y además evidente (canciones que para muchos, y para los autores, tiene que ver con la muerte, pero que otros sin información adicional no identificarían automáticamente con esta, quedaron excluidas, entre ellas clásicos del rock como "Knocking on heaven's door"), arrojó 90 canciones.

Encontraron que las canciones relacionadas con la muerte eran las más populares; un 25.5% de éstas llegaron al número 1 de la clasificación, frente a un 8.6% de otro tipo de canciones. Además, mientras un 57.8% de las canciones relacionadas con la muerte llegaron a las "10 principales (Top 10)" solo un 36.2% de las otras canciones llegaron tan alto. Plopper y Ness (1993)

La mayoría de las canciones revelaban una actitud hacia la muerte, enviando mensajes como que la vida no vale nada, la muerte puede ser merecida o ser un riesgo calculado, o que la muerte no es el punto final de la existencia (la idea más expresada), también se reconoce que la muerte es parte de la vida. También se encontraron respuestas comportamentales, emocionales y cognitivas hacia la muerte. Dentro de las comportamentales, que fueron el mayor número, estaban el orar, el cometer suicidio, llorar, tratar de ser bueno, volverse letárgico, escribir canciones, emborracharse, y dejar el hogar.

Dentro de las pocas respuestas emotivas aparecen sentirse solo, triste, melancólico, herido, vacío, con ira e indefenso. Las respuestas cognitivas se limitaron al pensar en el muerto, recordar palabras que solía decir, no querer morir, dudar de Dios, querer dejar el colegio, y desear ver al muerto de nuevo. Plopper y Ness (1993)

Es importante resaltar que tanto en los títulos como en la letra de las canciones no se utiliza la palabra muerte o muerto directamente sino que se recurre a juegos de palabras y variaciones más sutiles, lo que denota cierta evitación. Igualmente concluyeron que la muerte es presentada al adolescente como algo que le ocurre a otra persona (lo que corresponde con la visión de la Fábula Personal) y como algo individual que no afecta a la comunidad sino máximo a un sobreviviente. También que la muerte es la consecuencia del llevar una vida peligrosa y tomar riesgos (es casi siempre violenta o accidental), y raramente se la presenta como parte integrante de la historia de vida de alguien, como el fin de un proceso natural. En definitiva la muerte se ve en el rock como algo evitable, ajeno, de lo cual me puedo apartar (se ensalza la evitación y el escape) y no tengo que lidiar con sus consecuencias, indeseable, un castigo, que causa conductas, emociones y pensamientos negativos, y que no es o no debería ser el final de las cosas.

Esta visión de la muerte ofrece según Plopper y Ness (1993) pocos modelos a ser emulados por los adolescentes para lograr una apropiada respuesta comportamental, y sobre qué se espera por parte de los sobrevivientes en cuanto a cogniciones y sentimientos ante el hecho de la muerte.

El duelo se presenta como un proceso abreviado en el que se da poca atención a la expresión de tristeza, la cual es a menudo ignorada y en el mejor de los casos solo aparece implícita. Para los autores esto refleja la creencia de que los adolescentes no han aprendido

a llorar sus pérdidas, excepto en los casos de muerte de un progenitor, que es cuando aparecen los sentimientos más profundos y duraderos en las canciones.

A un nivel cognitivo, se le da poca atención al significado de la muerte al igual que al tratar de comprenderla, lo que, según los autores envía un mensaje a los adolescentes que la muerte es incomprensible. Para los autores es importante el que se encuentran varias alusiones a una vida espiritual tras la muerte, especialmente en el cielo, lo que correspondería a las creencias populares, pero a lo que ellos se oponen, pues fomenta la creencia en la no finalidad de la muerte (negar el carácter de finalidad o discontinuidad que varios autores piensan debería conformar el pensamiento adulto).

Para finalizar esta revisión, quisiera incluir una breve sinopsis de las características del pensamiento adolescente acerca de la muerte por etapas, algo así como una radiografía longitudinal que cubre los tres momentos del desarrollo en esta etapa de la vida. El texto básico es de Noppe y Noppe(1997) pero ha sido complementado con algunas de las ideas extraídas de los otros estudios.

Adolescencia temprana: En esta etapa no es frecuente el haber tenido experiencias directas de muerte, no se habla acerca de esta ni con los padres ni con los pares, ni se dan preocupaciones sobre ella aun cuando si se la considera. Al hablar de la propia muerte se hace en términos hipotéticos, alejándose de la realidad, viéndola como una simple posibilidad: " si yo muero..."; sus preocupaciones se centran en como se sentirían los demás si llega a morir, o en que algún día les llegue a ocurrir. No les preocupa el morir sin haber realizado algo por lo cual sean recordados, o el dejarle algo a alguien. Al preguntárseles por el significado de la muerte esta quiere decir "separación" acompañada del concepto 'maduro' de la muerte que seguramente como confirman Bering y Bjorklund (2004) han

adquirido desde hace años, y no incluyen ideas de continuidad extra corpórea. Se llega a la muerte en forma pacífica. Sin embargo hay un proceso subyacente de evolución del concepto pues se preguntan cada vez más sobre si habrá vida después de la muerte y sobre si esta es inevitable.

Adolescencia intermedia: El adolescente intermedio promedio tampoco ha tenido por lo general varias experiencias relacionadas con la muerte. Cuando ocurre una muerte se sienten el blanco de miradas de todo el mundo y creen que ningún otro adolescente ha tenido esa experiencia, lo que los lleva a sentirse diferentes de sus pares, causa esta de ansiedad. Según Kolf (1999) Sin embargo elucubra sobre la vida tras la muerte sobre cuya posibilidad no está seguro y sobre cuya forma su opinión es muy variable. Se preocupan por el morir sin haber dejado un legado y por el dejar solos a los demás y no poder participar más en las cosas de la vida al lado de sus seres queridos, al igual que por no alcanzar a hacer todo lo que quieren. Sus preocupaciones acerca de la muerte se centran en la forma en que van a morir y en el no hacer suficientes cosas buenas antes de morir. Conversan sobre la muerte, especialmente con sus pares, y quienes han vivido el suicidio de alguien cercano tienen mayor posibilidad de involucrarse en actividades riesgosas, mientras que los que creen en la vida extracorpórea las rehuyen.

El adolescente tardío: Un número importante ha tenido varias experiencias directas de muerte, y los que las han tenido han distendido sus vínculos (menor apego) tanto frente a sus padres como a sus pares, probablemente como una defensa frente a otra pérdida. Tiene certeza en la creencia en una vida extra corpórea una vez se ha dado la cesación de esta vida sin que haya contraposición entre los dos conceptos. Sus preocupaciones son similares a las de los adolescentes intermedios: dejar un legado y separarse de sus seres queridos,

pero no se preocupan tanto sobre el hecho o las circunstancias de la propia muerte. Aun cuando se pueden sentir mas cercanos a sus padres que los otros adolescentes, hablan mas de la muerte con sus pares.

Conclusiones

El proceso de haber llevado a cabo esta revisión bibliográfica ha dejado sin piso algunas creencias que el autor tenía anteriormente y lo ha hecho conciente de gran cantidad de detalles que había desdeñado acerca de cómo llegamos a adquirir nuestro cuerpo de ideas acerca del proceso que da sentido a nuestras vidas: La muerte.

Fue importante aprender que para adquirir un concepto biológico centrado en la realidad no se requiere de un niño que haya alcanzado la edad que tradicionalmente se ha considerado como la de la conciencia de la muerte, los siete años, sino que este concepto ya se ha formado en niños preescolares.

A lo largo del proceso de desarrollo del adolescente las concepciones que tiene de la muerte se van transformando, son más los que reconocen las características propias del concepto “maduro” de la muerte, pero igualmente a medida que aumenta sus conocimientos y experiencia sus ideas básicas se alejan de ver la muerte como un fenómeno meramente biológico y se funden con una visión epistemológica que da lugar a creencias honestas en la vida después de la vida, las cuales responden a una tendencia innata al hombre.

No obstante las diferencias culturales, los conceptos y creencias básicas y las edades a las que se adquieren son similares a lo largo del mundo. No importa si se es europeo, norteamericano o chino, los adolescentes tardíos y por lo tanto los adultos, creen en alguna forma de vida después de la vida.

El panorama en lugar de hacerse más claro al aumentar la edad, admite contradicciones y el ver el fenómeno desde diferentes planos. El concepto sobre la muerte deja de ser en blanco y negro para cubrir toda una paleta de tonalidades grises.

Los conceptos de muerte en cada uno de nosotros son el fruto de innumerables influencias tanto internas como externas que cubren todos los campos del diario vivir, y no solo de las tradicionalmente consideradas como la religión y la filosofía.

El autor considera que sería útil el educar a nuestros adolescentes, fomentando la expresión y discusión de sus ideas y temores acerca de la muerte, pues el conocimiento ha probado ser un factor de protección frente a conductas riesgosas y ayuda en el manejo de los duelos por venir. La sociedad de espaldas a la muerte hace que quien vive un proceso de duelo se sienta solo y falto de preparación para las duras experiencias que conlleva. Admitir la muerte como parte de nuestro ciclo de vida y despojarla de su capa de misterio y su calidad de tabú, nos ayudará a enfrentar mejor lo que a todos nos habrá de pasar.

También, a lo largo del desarrollo de este trabajo y con cada estudio que leía, surgió en el autor una pregunta que no lo ha dejado aún después de terminarlo: ¿Es el concepto “maduro” de la muerte realmente “maduro”? Mejor dicho: ¿Podemos considerar al concepto “maduro” de la muerte como el concepto que tienen las personas maduras de la muerte? Cuando hablamos del arte, al igual que de la producción de pensamiento de alguna persona, nos referimos a que ha alcanzado su madurez tras un largo proceso de aprendizaje y búsqueda, de ensayo y transformación que desemboca en una obra con un estilo definitivo y claro. Hay un paralelo con el ser humano, en el cual la madurez es una etapa que se alcanza en su proceso de desarrollo tras muchos cambios y experiencias. Es el clímax del desarrollo, la meta de este. Un estado que se prolonga en el tiempo hasta que

empezamos a declinar antes de despedirnos. ¿Es este concepto “maduro” el concepto definitivo al que se llega una vez se han desarrollado todas las capacidades mentales y se ha adquirido la facultad de hipotetizar, el pensamiento formal?

El resultado de los estudios nos dice que no. En lugar de adquirirse al llegar el hombre a su plenitud de raciocinio, se adquiere cuando aún es un niño pequeño, preoperacional, y en lugar de mantenerse a lo largo de su desarrollo, se va desechando o relegando a lo largo de la adolescencia, hasta que para una mayoría de las personas, al llegar a la adultez y a lo largo de esta, la característica de su conceptuar acerca de la muerte es la creencia en alguna forma de permanencia de algunas de nuestras facultades mentales y de nuestro self. La evolución ontológica del pensamiento no es hacia este concepto, sino alejándose de él.

Más que un concepto definitivo y estable, el concepto “maduro” de la muerte, como visión única de este fenómeno, es transitorio e infantil. Está limitado a lo material y biológico, a lo físico, y por lo tanto es reduccionista y negador de las otras dimensiones del ser humano. Sí forma parte de un concepto maduro, pero integrado a otras percepciones y creencias, a conceptos en los cuales las características del concepto “maduro” se limitan al cuerpo, pero que niegan lo *definitivo* de la muerte para el ser.

Se sugiere entonces que sea revaluado el calificativo de “maduro” para este concepto de la muerte. No corresponde al pensamiento de la generalidad de los adultos, se encuentren estos influenciados por las fuerzas que sean (religión, filosofía, temores, búsqueda de la trascendencia, entre otras). Como pensamiento maduro se debería calificar más bien un pensamiento comprensivo, integrador tanto de las características de la

realidad biológica, como de la percepción tanto de origen interno como cultural, de la existencia de una vida después de la vida.

Referencias

- Adams, D., Corr, CH., Davies, B., Deveau, E., De Veber, L., Martinson, I., et al. (1999). *Children, adolescents, and death: myths, realities, and challenges*. (Versión electrónica) *Death Studies*, 23 (5), 443 – 464. Descargado el 4 Octubre 2004 de <http://search.epnet.com/login.aspx?direct=true&AuthType=cookie,ip,url,ui> accession number 1969797.
- Bering, J., Bjorklund, D. (2004). *The natural emergence of reasoning about the afterlife as a developmental regularity*. *Developmental Psychology*, 40 (2), 217-233.
- Bowker, J. (1996). *Los significados de la muerte*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Cheung, W., Ho, S. (2004). *The use of death metaphors to understand personal meaning of death among Hong Kong chinese undergraduates*. (versión electrónica) *Death Studies*, 28, 47 –62. Descargado el 4 Octubre 2004 de <http://search.epnet.com/login.aspx?direct=true&AuthType=cookie,ip,url,ui>
- Kennedy, A. (1991). *Losing a parent*. New York, N.Y.: Harper Collins.
- Kolf, J. (1999). *How can I help?*. Tucson, AZ: Fisher Books.
- Morin, S., Welsh, L. (1996). *Adolescents' perceptions and experiences of death and grieving*. (versión electrónica) *Adolescence*, 31 (123), 585 –596. Descargado el 28 Septiembre 2004 de <http://search.epnet.com/login.aspx?direct=true&AuthType=cookie,ip,url,ui> item: 9609240400.
- Mueller, M. (1976). *Death education and death fear reduction*. (Versión electrónica) *Education*, 97 (2), 145 –148. Descargado el 4 Octubre 2004 de

[http://www.garfield.library.uppen.edu/histcomp/lester-d_all_w-books/index-
aus-5.html](http://www.garfield.library.uppen.edu/histcomp/lester-d_all_w-books/index-
aus-5.html)

Ness, E. (1993). *Death as portrayed to adolescents through Top 40 rock and roll music.*

(Versión electrónica) *Adolescence*, 28 (112), 793 –808. Descargado el 28
Septiembre 2004 de

<http://search.epnet.com/loggin.aspx?direct=true&AuthType=cookie,ip,url,ui>
accesion number 9402100666.

Noppe, I., Noppe, L. (1997). *Evolving meanings of death during early, middle and later*

adolescence. (Versión electrónica) *Death Studies*, 21 (3), 253-276. Descargado el 28
Septiembre 2004 de

<http://search.epnet.com/loggin.aspx?direct=true&AuthType=cookie,ip,url,ui>
accesion number: 9706060741.

Tamm, M., Granqvist, A. (1995). *The meaning of death for children and adolescents: a*

phenomenographic study of drawings. (Versión electrónica) *Death Studies*, 19, 203
– 222. Descargado el 25 Septiembre 2004 de

<http://search.epnet.com/loggin.aspx?direct=true&AuthType=cookie,ip,url,ui>